

ETNOHISTORIA Y ARQUEOLOGIA INCAICAS

ANA MARÍA LORANDI

En los últimos años se han producido una serie de libros y trabajos, en su mayor parte escritos por arqueólogos, que retoman el problema incaico desde una perspectiva interdisciplinaria. En algunos, como en los libros de Ramiro Matos y de Charles Stanish, el aporte etnohistórico es decididamente complementario, en otros, como en los de Terence D'Altroy, Thomas Patterson, Martti Pärssinen y Brian Bauer se encuentra un mayor equilibrio en el uso de una y otra disciplina. Con excepción de los libros de Thomas Patterson y Martti Pärssinen que ofrecen un enfoque general sobre el Tawantinsuyu, los restantes plantean el análisis del estado desde la perspectiva provincial o local o a partir de modelos andinos más amplios como el de Stanish. Los libros fueron elegidos por dos motivos, porque se ocupan del problema del estado y por su sesgo interdisciplinario, pero antes de iniciar la reseña es necesario aclarar que éstos no son los únicos sobre el tema que se han escrito en los últimos tiempos; simplemente los he seleccionado por disponer de ellos y considerarlos de especial interés para los estudios sobre el Tawantinsuyu.

PATTERSON, Thomas C. 1992. **The Inca Empire**. Providence (USA), Oxford (England). Berg Publishers Inc. 211 págs. 3 mapas, glosario e index de nombres y lugares.

Es una revisión de la historia de los incas desde la perspectiva de la teoría marxista. Este paradigma teórico es asumido explícitamente en los siguientes términos: "El marco teórico que he adoptado es el marxista, en el cual se vincula la aparición histórica del estado con la emergencia de las clases sociales. Desde este punto de vista el estado es un instrumento de represión necesaria para mantener la explotación" (pág. 4). Las clases sociales, a su vez, son definidas "como una relación social construida en términos de grados de control sobre los medios de producción" y esto determina que haya quienes, ejerciendo el poder sobre el trabajo y los medios de producción, pueda extraer energía y bienes de los productores directos. Patterson sostiene que cuando se erige una estructura de clases nace el estado. (pág. 5)

Ahora bien, a lo largo de los capítulos siguientes, en el desarrollo de su discurso, Patterson analiza con los mismos criterios a las sociedades jerarquizadas y a las que según él han conformado una estructura de clases. Personalmente no estoy en condiciones de hacer una crítica fundada basándome en la teoría marxista, pero este paralelo desconoce una abundante literatura sobre el status teórico de la emergencia de las clases sociales, y puede observarse, en general, una superficial aplicación de esta perspectiva a las realidades prehispánicas.

Patterson reconoce que las relaciones de parentesco, como estructura básica de la sociedad, no desaparecen necesariamente con la emergencia de las clases ni del Estado, pero entra en contradicciones cuando sostiene que "La formación de clases y del Estado también implican una transición de sociedades basadas en el parentesco organizadas a partir del modo de producción comunal a aquellas que desarrollan un modo de producción tributario" (pág. 25). El problema reside en que el control del Estado sobre el excedente no suplanta el modo de producción comunitario tal como Patterson también lo admite. Es más, si esto no resulta tan fácil de discernir en el caso de las sociedades prehispánicas, sí lo es cuando sabemos algo sobre economía colonial, donde las comunidades siguen subsidiando al Estado, en tanto continúan siendo los responsables de asegurar la reproducción y protección de sus miembros.

Ahora bien, cuando la coerción pasa los límites del consenso, según Patterson, se producen los conflictos de clase. El problema que debemos señalar es que lo que sucedió en las sociedades prehispánicas es que en el único Estado realmente documentado que conocemos, o sea el Tawantinsuyu, la presión tributaria provocaba rebeliones étnicas o de los reinos o jefaturas sometidos, y para nada es claro que estos conflictos se manifiesten en términos de luchas de clase. Por otra parte, el punto más débil se encuentra en el intento de Patterson de emplear este marco teórico para analizar las sociedades preimperiales, manejando los datos arqueológicos sobre emergencia y distribución de estilos cerámicos como indicadores de dominaciones estatales (pág. 26-41). Como lo veremos en los comentarios generales sobre el uso simultáneo de la arqueología y la etnohistoria, no deja de sorprendernos la superficialidad con que en algunos casos se manipulan los datos arqueológicos para extraer o extrapolar la conducta social y política.

Una vez que ingresa de lleno al tema del

Tawantinsuyu, Patterson recurre a la mayor parte de la bibliografía publicada, muestra un experto manejo de las crónicas y de las fuentes en general y nos presenta un cuadro muy completo de la historia y la estructura del Imperio. En este sentido el libro llena un vacío, en tanto retoma temas que en los últimos años habían sido descuidados por otros autores y no permite que su marco teórico interfiera demasiado en la interpretación de las fuentes; más bien ambos parecen dissociarse en muchos casos. El mayor mérito del libro reside en el hecho de que el eje de su exposición sea la historia de la formación del imperio que continúa siendo un tema central y a la vez polémico, en tanto que las tradiciones orales ofrecen a veces obstáculos casi insalvables para reconstruir una sucesión "a la europea" de los acontecimientos históricos. Por el hecho de no interrumpir su análisis con la llegada de Pizarro, sino de continuarlo hasta 1570 cuando el virrey Toledo derrota a Tupac Amaru I en Vilcabamba, Patterson puede cerrar completamente la historia del Imperio.

En sus conclusiones Patterson subraya las contradicciones que persisten al interior del Imperio, así como el hecho de que la negociación fue un mecanismo profusamente utilizado y que no siempre ha sido debidamente incorporado a los marcos teóricos sobre la formación del Estado. Reconoce que las contradicciones y conflictos no siempre se localizan en la estructura de clases, sino en los grupos étnicos encapsulados y en las disputas interétnicas que subsisten a pesar de los esfuerzos de imponer la "pax incaica", con lo cual se contradice a sí mismo, ya que en otras secciones del libro había interpretado las rebeliones contra el Estado como un conflicto de clases. En definitiva, el resultado de la lectura del libro es que ofrece una visión "aggiornada" de la historia inca y el lector puede -si lo desea- pasar por alto las interpretaciones teóricas del autor.

D'ALTROY, Terence 1992. **Provincial Power in the Inka Empire**. Washington, Smithsonian

Institute. 272 págs., 89 figuras (incluyen fotografías, planos y mapas), 8 láminas y 23 tablas.

D'Altroy comienza su libro con una análisis crítico de las diversas teorías de desarrollo de los estados y opta finalmente por asumir el llamado "modelo territorial hegemónico" que propone la existencia de patrones ideológicos generales. Al mismo tiempo reconoce la existencia de adaptaciones regionales que se adecuan a las necesidades de reformular las condiciones de sometimiento a los imperativos de las distintas etapas de organización y las particularidades socio-culturales de cada región. O sea, que se aceptan las adaptaciones a las circunstancias del tiempo y el espacio.

La obra combina en cada capítulo la información etnohistórica general sobre el Tawantinsuyu, el análisis de documentación colonial de la región del Mantaro donde se realizaron las investigaciones arqueológicas y las evidencias arqueológicas que fueron procesadas por el equipo que trabajó en esa zona. El núcleo de su análisis se inicia a partir del capítulo IV, afirmando que los dos grupos del Mantaro, los de Xauxa y los Wankas no habían alcanzado antes de su incorporación al Tawantinsuyu el nivel político de un estado. "Aunque a veces actuaban concertadamente en las tempranas relaciones con los españoles, las jefaturas del Mantaro Superior nunca estuvieron probablemente unificadas ni desarrollaron la complejidad socio política de un estado, antes o después de la conquista inka". Y continúa, "En cambio, la sociedad Wanka de los siglos XI al XIII parece haber constituido una serie de grupos simples, relativamente indiferenciados [...] Recién el siglo XIV estas sociedades se consolidan con unas pocas jefaturas algo más jerarquizadas" (pág. 47) Aún durante la conquista Inka, alrededor de 1460 el poder político estaba dividido en una serie de unidades que competían entre sí, la más grande de las cuales alcanzaba a reunir apenas unas pocas decenas de miles de habitantes.

Los incas incorporaron a las poblaciones del Mantaro Superior en la provincia de los Wankas-Wamani que abarcaba un espacio que extendía desde ambientes de puna hasta la ceja de selva. Tres grupos mayores fueron reestructurados en esta unidad administrativa. Xauxa (Hatunxauxa), Lurinwankas y Ananwankas, esta última dividida, a su vez, en dos grupos étnicos. Ahora bien, no debe considerarse que los territorios de cada grupo y sus identidades se correspondieran con las unidades étnicas pre-incas. La estructura étnica-administrativa fue producto de una reorganización estatal, que supuso una transferencia de recursos en beneficio del estado y la incorporación de grupos de mitimas. Este es un tema que deseo destacar positivamente en el libro: el manejo de realidades complejas, la advertencia de no trasladar hacia atrás en el tiempo las estructuras políticas incaicas, y la mirada detallada sobre la reorganización en beneficio del estado.

Otro punto en el que D'Altroy repara, es que en el Mantaro no se aplicaron estrictamente los modelos de distribución decimal. Según parece, Xauxa tenía 6.000 hombres de guerra, o sea tributarios, 12.000 Lurinwanka y 9.000 Ananwanka. Esto nos pone en guardia contra las generalizaciones extremas, provenientes de la falta de contrastación de los dichos de las crónicas con las realidades regionales. O sea, sobre las diferencias entre la ideología de una organización fiscal sin fisuras y las adaptaciones locales.

A partir del capítulo V, D'Altroy comienza a discutir una a una las evidencias que contribuyen a asumir el modelo "territorial hegemónico" como el más adecuado para comprender el Tawantinsuyu. Es desde aquí cuando también se observa que el abordaje arqueológico imprimió un perfil definido a su libro y a sus interpretaciones. En cada capítulo el autor analiza primero las evidencias etnohistóricas generales y locales de cada tema y luego procede a su verificación arqueológica. En cada uno explicita los supuestos, las contradicciones de la

información etnohistórica, sus posibilidades y la debilidad de cada presupuesto, con lo cual uno podría reunir todos sus comentarios para organizar un libro sobre desarrollo del Tawantinsuyu, visto desde la especificidad provincial o regional y acceder así a un nivel de comprensión mucho más rico que cuando se enuncian los principios generales.

De esta forma discute las evidencias sobre la logística y la estrategia militar, según sus etapas: la de nuevas conquistas, creando fronteras y las de consolidación donde se transfiere un mayor margen de decisiones a los jefes locales en relación directa con el grado de fidelidad y confiabilidad que éstos ofrecen. Siguiendo esta línea de exposición en el capítulo VI se ocupa de la infraestructura imperial en la Sierra Central, describiendo el complejo de sitios, su jerarquización interna y su diversa funcionalidad. Sostiene que las evidencias interdisciplinarias subrayan un alto control estatal y grandes inversiones en infraestructura focalizadas sobre todo alrededor del centro imperial de Hatunxauxa.

El capítulo VII está destinado a la Organización Política. Afirma que, a partir de la incorporación de las autoridades locales al sistema estatal, se busca un balance entre la organización política y la minimización de los riesgos de rebelión. D'Altroy desarrolla una extensa discusión sobre los temas políticos, la organización jerárquica del poder y el control militar y económico. Un dato interesante es el análisis de la estructura de poder local y sus funciones y el status administrativo-fiscal a nivel de las "sayas" en el Mantaro, en el que incluye una discusión sobre el término parcialidad que permitirá renovar el debate en el espacio de los Andes Centrales. Esta información es ofrecida por el autor combinando los conocimientos generales con los testimonios locales, con lo cual se enriquece la problemática, poniendo sobre el tapete una serie de temas que han sido poco abordados por los etnohistoriadores. Hay que reconocer que, más allá de que las interpretaciones de D'Altroy

resulten correctas o no, su esfuerzo por entender las complejidades a nivel de autoridades locales/ estatales y sus posteriores reformulaciones coloniales para adaptarse a las nuevas circunstancias históricas quedan descritas y discutidas con una notable preocupación por el detalle, sin descartar ambigüedades ni contradicciones.

En el capítulo VIII el autor se ocupa de la economía imperial, a la que define como un sistema dentrítico, no de mercado, caracterizado por fuertes vínculos verticales y escasos intercambios horizontales. Destaca la redistribución limitada, hasta el nivel de autoridades de warangas. En el desarrollo de estos temas, y salvo algunas variantes, D'Altroy no se aparta mayormente de las formulaciones ya expresadas por John Murra, aunque recubre todo su análisis de modelos explicativos "aggiornados" en el lenguaje. Sin embargo el trasfondo de las categorías no ofrecen diferencias muy grandes, pero como él mismo lo expresa en sus conclusiones, este esfuerzo teórico se hace para incorporar categorías universalmente aceptadas por los autores más recientes y que facilitan las comparaciones del estado inka con otros similares. Muchas veces el rechazo de los etnohistoriadores a este tipo de trabajos proviene de su negativa a reconocer que este es un esfuerzo teórico, que se considera estéril porque enmascara con nuevas designaciones los contenidos de viejas categorías utilizadas por el funcionalismo avanzado que ya había incorporado los principios de los sustantivistas, como los de Karl Polanyi. En este tema es sobre el que se aportan las evidencias arqueológicas más minuciosas, producto de años de un trabajo de equipo integrado por especialistas de primer nivel.

En el cap. IX el autor discute los cambios producidos en el Mantaro a partir de su incorporación al Tawantinsuyu y en el X expone en forma resumida las conclusiones parciales que le permiten asumir el modelo teórico general que ha presidido su trabajo.

MATOS, Ramiro 1994. Pumpu. Centro Administrativo Inka de la Puna de Junín. Lima, Editado por Ed. Horizonte/Banco Central de Reserva del Perú/Editorial Taraxcum. 327págs., 91 ilustraciones que incluyen mapas, gráficos y fotografías.

El libro se abre con los antecedentes metodológicos de la investigación, que se realizó entre 1984-1988 como un rescate arqueológico a causa del proyecto de construcción de una represa. Luego continúa con una detallada descripción del medio ambiente. En el capítulo II desarrolla, en 20 páginas, las líneas generales del poblamiento de Junín antes de la ocupación inka. Los siguientes cuatro capítulos incluyen una detallada descripción de las técnicas arquitectónicas, de la planta urbana y de las funciones atribuidas a los edificios principales. Todas estas inferencias se hicieron a partir de la construcción de planos, observación y recolecciones de superficie. La obra culmina con un análisis del centro administrativo de Pumpu y su entorno natural y cultural, donde se discuten su ubicación en relación a los accidentes topográficos, los ríos, la construcción de canales y acueductos, las posibilidades de realizar desde este centro observaciones astronómicas para ejercer control sobre el calendario agrícola; se describen los puentes, canchas, el perfil de la planta de Pumpu y su configuración interna, así como las posibilidades de producción en relación con la disposición de las estructuras de almacenaje, tema en el cual se encuentra un desarrollo interesante en relación con el sistema global. El libro incluye un glosario de términos quechuas y bibliografía muy amplia.

Los planos y descripciones que presenta Ramiro Matos ofrecen un interés particular. Al contrario de lo que sucede en Huánuco Pampa, el área de residencia de la población estable o temporaria de tributarios que servían en Pumpu muestra un patrón anárquico, irregular, totalmente diferente y diferenciable del centro ocupado por la élite y destinado a funciones rituales y de control fiscal-

administrativo. Si bien no hay un desarrollo pormenorizado de la problemática que este hecho encierra, creo que Pumpu deberá entrar rápidamente en un análisis comparativo entre distintos tipos de asentamientos estatales, puesto que de este punto se podrán inferir líneas muy interesantes y ricas en futuras discusiones sobre el Tawantinsuyu. Esta es otra de las ventajas de enfocar este macroestado desde la óptica de lo provincial y regional.

Pumpu se encuentra en la Puna de Junín o Chinchaycocha, cercano aunque no a la vera, de la laguna homónima. Fue construido en la confluencia de tres ríos, en un "tinku-pata" y es totalmente inka, o sea, aislado de ocupaciones preimperiales. Es zona habitada con población dispersa de la etnia de los yaros, dedicados predominantemente a la explotación pastoril. Pumpu pudo haber sido fundada en 1470 y se despobló en 1540 y los testigos yachas entrevistados por el visitador Ortiz de Zúñiga afirman que servían en Pumpu en tiempos del inka. Según los datos etnohistóricos fue construido por Topa Inka. En la época de las guerras por la sucesión del imperio fue ocupado como lugar estratégico por las fuerzas del general inka Chalcochimac, partidario de Huáscar y sufrió el asedio de las tropas de Atahualpa. Este asedio finalizó con la intervención de Francisco Pizarro que convocó a los curacas wankas del Mantaro en 1533. Después de esto los nortefíos de Atahualpa se retiraron y el control de Pumpu quedó en manos de los españoles. Habiendo sido un centro administrativo que ya no cumplía las funciones para las que había sido construido, Pumpu se despobló rápidamente.

Pumpu comparte el espacio regional con otros dos sitios inkas dependientes: Chacamarca a 36 kms. al sur, conjunto de colcas que muestran que servía para control y acopio de bienes, y Warantambo, a 70 kms. al norte, que es un santuario construido con la técnica del sillar, incluyendo baños y ushnu. A diferencia de Huánuco Pampa, los edificios de élite fueron

construidos con piedra seleccionada, pero no utilizó la técnica del sillar, y es probable que a los fines ceremoniales, el lugar más importante fuera Warantambo. Pumpu debió estar destinado al control del pastoreo, producción de tejidos y tubérculos. Además está ubicado en un nudo de caminos y es paso obligado para dirigirse hacia el norte.

STANISH, Charles 1992.- **Ancient Andean Political Economy**. Austin, University of Texas Press. 195 páginas, 24 ilustraciones (incluyen mapas y gráficos).

En este libro Stanish trabaja fundamentalmente con la arqueología de la costa sur andina y sus vínculos con el altiplano. Su objetivo es el de probar, a partir de evidencias arqueológicas, los modelos de Karl Polanyi sobre circulación, de control vertical de John Murra y intercambio costeño de María Rostworowski. Sostiene que se ha planteado una falsa dicotomía entre instalación de colonias versus comercio o intercambio, puesto que no deben ser presentados como modelos excluyentes ni competitivos. Afirma que ambos deben ser integrados dentro de un marco sustantivista económico-antropológico.

Se propone trabajar sobre tres variables: 1) la naturaleza de la complementariedad zonal; 2) su profundidad histórica y 3) sus concomitantes socio-políticas. Para ello inicia su discusión con una decidida crítica al manejo de las evidencias arqueológicas para probar o rechazar la existencia de algunos de los modelos propuestos. Sostiene que muchos de los intentos anteriores (cita los trabajos de Elías Mujica, Mario Rivera y Tom Lynch) se basaron fundamentalmente en los criterios de presencia/ausencia de artefactos, sobre todo de estilos cerámicos decorados. Propone en cambio, que previamente se debe definir el complejo de relaciones político-económicas entre los asentamientos que producen una determinada distribución de artefactos. Para ello distingue entre contextos domésticos y no

domésticos (ceremoniales, tumbas, sitios de élite revelados por arquitectura corporativa). Mientras los primeros, como su nombre lo indica, muestran los signos de la actividad cotidiana de una población, los segundos tienden a reflejar más adecuadamente las relaciones interactivas entre comunidades o de intercambio. Su hipótesis metodológica consiste en afirmar que la correspondencia entre las diferencias y semejanzas entre contextos domésticos y no domésticos de dos o más sitios en distintas zonas ecológicas permite definir las relaciones "étnicas" entre sitios. Con este principio se estará en condiciones de distinguir entre colonización directa e indirecta.

Según Stanish el espacio de la economía doméstica se distingue porque en él se desarrollan la reciprocidad y la redistribución a nivel del parentesco, pero no se reflejan las relaciones de intercambio que incluyen bienes de prestigio que se reservan o para sectores privilegiados de la élite o en contextos ceremoniales/funerarios. Su crítica sobre la interpretación de áreas de expansión de centros de poder en base a la simple distribución indiferenciada de artefactos es esencialmente correcta. Tanto es así que con frecuencia las expansiones como las de Wari o Inka a veces se han descartado en algunas zonas en base a estudios de contextos artifactuales domésticos. Stanish sostiene en cambio que, por ejemplo en las tumbas, se puede hallar una enorme variabilidad de estilos cerámicos que muestran que estos intercambios se realizan y destina largos párrafos a discutir las evidencias sobre patrones de selectividad jerárquica o funcional.

Sin embargo, el libro de Stanish muestra una coherencia interna despareja en el manejo de las evidencias arqueológicas. Es riguroso con los datos que provienen de sus propias investigaciones en el valle de Otoro en la costa peruana, pero es incorrecta cuando evalúa la información que extrae de la literatura. Por ejemplo, comenta posibles relaciones interactivas

reflejadas en el poblado de Tastil en el norte argentino, pero en vez de basarse en la de por sí fragmentaria información expuesta por Eduardo Cigliano y su equipo, lo hace con los comentarios de Gordon Pollard, un arqueólogo americano con una familiaridad muy limitada con las realidades prehispánicas de esa región. Del mismo modo procede con los datos referentes a la cuenca del Títicaca, puesto que no se plantea los supuestos originales que precedieron las investigaciones de los autores citados, y por lo tanto, si sus evidencias son útiles o no para testear las hipótesis sobre colonización/intercambio. En este sentido la rigurosidad de su demostración, más allá de si sus conclusiones responden o no a la realidad prehispánica, muestra una notoria debilidad metodológica.

Salvando estas deficiencias, que provienen sobre todo de la falta de un proyecto de investigación que incluyese excavaciones a nivel regional, Stanish procura seguir paso a paso las diferentes probabilidades que enuncia, en el intento más sistemático que se ha hecho hasta el momento para dar respuesta a los múltiples interrogantes que esta problemática plantea. Para ello propone tres opciones teóricas que tratará de demostrar empíricamente: a) el control directo vía colonización se podrá probar a partir de contextos domésticos y no domésticos estilísticamente idénticos; b) el control indirecto, vía intercambios, produciría contextos domésticos y no domésticos diferentes en cada caso; y c) diferencias en ambos revelarían la ausencia total de complementariedad.

Sobre estos principios metodológicos comienza a analizar las relaciones entre el altiplano del Títicaca y la costa desde el período Tiwanaku en adelante. La conclusión que más nos interesa es que rechaza la posibilidad de que haya existido un control directo de los Lupaca en el valle de Otorá, antes o durante los incas. Más bien piensa en unidades políticas independientes. Su argumento de mayor peso es que las unidades

domésticas no comparten los mismos contextos en el valle y en el Títicaca.

Y aquí nos encontramos con el punto débil de su demostración. Porque no ha utilizado el trabajo clave de Carlos Assadourian (1987) que propone un importante matiz a la modalidad de control vertical y que le hubiese obligado a repensar no sólo sus hipótesis centrales, sino toda su estrategia metodológica. Después de leer un libro que descuella por la sistemacidad de sus pasos metodológicos, queda la sensación de que su demostración se desmorona porque construyó sus hipótesis de partida basándose solamente en el modelo original de Murra, sin considerar otros aportes que enriquecieron y matizaron ese modelo maestro original. Desarrollaremos este tema con los comentarios generales acerca de la interdisciplinaria entre etnohistoria y arqueología.

BAUER, Brian 1992. *The Development of the Inca State*. Foreword by Gary Urton. Austin, University of Texas Press. 185 págs., 11 láminas, 8 mapas, 19 figuras y 5 tablas.

El libro de Bauer tiene una importancia sustancial. Se propone ofrecer información y re-pensar el problema, mal documentado hasta el momento, del origen histórico del estado inca a partir de una revisión de la cronología y la localización de los lugares sagrados señalados en los mitos de origen. Tarea ambiciosa por cierto. Bauer (y también Urton en su Prólogo) comienza criticando la interpretación lineal que se ha hecho de las crónicas en lo concerniente al tema del origen del estado. Más allá de las diferencias que se han señalado entre una versión y otra transcritas por los cronistas, se habían hecho pocos esfuerzos tanto desde la etnohistoria como desde la arqueología para profundizar en este tema, y como todos lo sabemos, durante cuarenta años se ha repetido sin nuevos análisis ni cuestionamientos el modelo de sucesión y

desarrollo del estado publicado por John Rowe en 1945. La base de la problemática planteada por Bauer se desarrolla a partir de las investigaciones de Gary Urton en Pacaritambo (1990)¹ designado en los mitos como el lugar donde emergen los hermanos Ayar que en su migración hacia el Cuzco plantarán la semilla del futuro estado Inca. La historia mítica de los hermanos Ayar fue conservada en la historia oral de Pacaritambo y recreada y manipulada por los habitantes de la región durante todo el período colonial, ya sea para afirmarse frente a las autoridades españolas, ya sea para dirimir conflictos internos y obtener y conservar privilegios. Las investigaciones arqueológicas de Bauer aportan una sólida base de historia real a esos mitos (sin confirmarlos en cuanto a la versión en sí misma) mostrando el fuerte desarrollo proto estatal de la región y la continuidad sin fisuras entre lo incaico y el período Killke que le precede.

La investigación se focaliza sobre tres grupos étnicos circumcuzqueños (Masca, Chillque y Tambo que posteriormente fueron considerados Incas de privilegio) en la etapa de formación del estado y en los cambios que aparecen en la Provincia de Paruro (donde se encuentra Pacaritambo) como resultado del incipiente crecimiento de ese estado. Los cuatro interrogantes, vinculados entre sí fueron los siguientes: 1) las relaciones regionales y la interacción durante el período Killke, como se deduce de la distribución de cerámica; 2) los sistemas de asentamiento y subsistencia antes y después de la formación del estado; 3) el rol de los establecimientos incas en la Provincia de Paruro y 4) cambios en la organización de los grupos étnicos regionales como consecuencia del crecimiento del estado. El libro está dividido en nueve capítulos donde se van combinando la información histórica y la arqueológica en una

síntesis que se revela como una de las más fecundas de los últimos años.

En el capítulo 1 Bauer plantea los principales problemas que va a investigar. El 2do está dedicado a discutir y comparar las versiones de Guaman Poma de Ayala, Garcilaso de la Vega y Pachacuti Yamqui acerca del sistema de ceques del Cuzco, con el objeto de evaluar el rol de los grupos circumcuzqueños como incas de privilegio. En el capítulo 3 reabre la discusión sobre la cronología cuzqueña, y presenta nuevos datos, aportados por diversos arqueólogos, que retrotrae el período Killke hasta el año 1000 d.C. y al comienzo del estado Inca hacia finales el 1300. En los capítulos 4,5 6 Bauer ofrece los resultados de sus investigaciones en la provincia de Paruro, analizando la ecología, el trazado la ruta incaica y los establecimientos que enlaza, el patrón de poblamiento y los análisis de cerámica. Su principal conclusión es que los poblados dispersos del período Killke no sufrieron reasentamientos durante el período Inca mostrando continuidad entre ambos períodos en las mismas localizaciones. Tampoco ha encontrado restos de poblados fortificados, demistificando los relatos de las crónicas sobre constantes guerras interétnicas en las épocas que precedieron al desarrollo del estado, al menos en esta región. Las únicas nuevas construcciones incas parecen haber sido Maukallaqta, y Puma Orco al norte de la moderna Pacaritambo, que se distinguen por su elaborada arquitectura del más alto estilo imperial y que analiza en detalle en el capítulo 7. Maukallaqta pudo haber sido un complejo de templos en honor a Manco Cápac, y las construcciones que rodean el afloramiento de Puma Orco en sus proximidades señalaría la cueva de donde según el mito, salieron los ancestros de los incas. O sea que vigente el mito, los reyes del Cuzco dedicaron a sus ancestros los templos y homenajes correspondientes en los

¹.-Urton, Gary 1990. *The History of Myth: Pacaritambo and the origin of the Incas*. Austin, University of Texas Press.

lugares señalados en él. Estas conclusiones de Bauer se elaboraron a partir de la contrastación de información arqueológica e histórica, y muestran cómo los mitos pueden convertirse en historia real, cuando se trata sobre todo de legitimar raíces divinas y fortalecer así el origen del poder.

En el capítulo 8 se discuten las evidencias acerca de la división en mitades de la provincia y en el último se expone un balance general de las investigaciones.

Hay muchos interrogantes que sugieren de la lectura de este libro y -por qué no decirlo- excitan la imaginación. La primera y más simple es ¿el estado comienza a expandirse después de la guerra con los Chancas?; ¿cual fue rol en la construcción del estado de los supuestos "reyes míticos" anteriores a Viracocha? ¿Cómo deben leerse las nuevas fechas para el inicio del estado si además, las comparamos con las que ahora se disponen para otras zonas del sur del Tawantinsuyu? Sólo con estas tres preguntas la máquina de imaginar puede echar mucho humo. Pero pasemos antes a comentar otro libro que también abre nuevos rumbos en esta problemática tan provocativa.

PÄRSSINEN, Martti 1992. Tawantinsuyu. The Inca State and its Political Organization. Helsinki, Societas Historica Finlandiae. 462 páginas, 10 láminas, 28 mapas, figuras, cuadros, índice de tribus, provincias y valles, glosario de vocabulario quechua.

El libro de Pärssinen comprende 10 grandes capítulos, abarcando diversos temas relativos al Imperio Incaico. En el primero se ocupa de las fuentes, entre ellas los quipus, proponiendo un nuevo método de lectura de los mismos. En el segundo de la cronología de la sucesión, dedicándose especialmente a los incas anteriores a Viracocha, tema que había sido reiteradamente olvidado en los últimos años. Y confrontando

con mucho detalle todas las crónicas e incluso informaciones locales sobre las posibles conquistas de estos reyes y vinculando estos datos con la organización social tripartita de las panacas incas, sugiere finalmente en el capítulo 5 (ampliando lo ya propuesto por Zuidema y Duviols) una cierta contemporaneidad entre varios incas o un gobierno tripartito, comprimiendo la secuencia sucesoria unipersonal y modificando el carácter del gobierno del Tawantinsuyu.

Otro de los aspectos originales de esta Tesis doctoral de Pärssinen, es la minuciosidad con que describe y discute en varios capítulos, las conquistas, las divisiones y límites de las provincias incas y la amplitud, territorialidad y espectro demográfico que quedaban bajo las autoridades provinciales. Es especialmente remarcable el nivel de detalle en el estudio de las conquistas, ocupándose de las áreas meridionales con una preocupación especial, que presenta una especial importancia para nuestros propios estudios regionales. En tanto que el libro es una puesta al día de los conocimientos generales sobre el Tawantinsuyu, Pärssinen también trata otros temas más transitados, para así obtener una visión global sobre la estructura y desarrollo del Estado y a partir de ello desembocar en nuevas proposiciones originales.

Sus mejores aportes pueden ser vistos desde la óptica de su interés por la estructura de las provincias, abordando temas como la divisiones internas, las categorías que rigen estas divisiones, y las combinaciones que observa entre divisiones duales, tripartitas y cuatripartitas y, como dijimos, la amplitud de las conquistas y el tema de las autoridades. Asimismo, al tratar las funciones y roles de las autoridades provinciales ingresa en el problema de la inserción política de los mitimaes, sobre los cuales se repiten habitualmente algunos modelos demasiado cristalizados. Las investigaciones de Pärssinen en este sentido abren interrogantes y discute situaciones que obligarán a una revisión total del

tema de los mitimaes y sus relaciones con el poder central y con las comunidades locales que se ven obligadas a acogerlos.

Y desde la perspectiva del poder central, Pärssinen no deja de notar los conflictos entre las panacaas por la sucesión, la división de jerarquía y poder entre los reyes que cogobernaban en el Cuzco, y la complejidad intrínseca que subyace detrás de un estado que otros autores describen o dibujan con trazos mucho más firmes. De este libro se extrae una imagen mucho más "probabilística" y menos programática del estado Inca. En vez de una máquina aceiteada, el lector puede observar las marchas y contramarchas, las infinitas adaptaciones a las infinitas situaciones locales, los distintos márgenes del ejercicio del poder, las tensiones constantes entre las autoridades locales y las centrales, la negociación como marco general de la actividad política. Esta es la mayor riqueza que encierra el libro de Martti Pärssinen, traer a la palestra los problemas y los conflictos que muchos autores han señalado a veces en trabajos específicos, pero que no habían sido reunidos hasta ahora para obtener una imagen menos cristalizada, menos funcionalista y menos "construida" del Estado Inca.

COMENTARIOS

Como hemos visto todos los autores comparte la preocupación por el desarrollo político del estado aunque para presentarlo y discutirlo oscilan entre un intento de interpretación marxista que se inicia desde los más tempranos desarrollos prehispánicos (Patterson) a un enfoque histórico-materialista (no marxista y no adaptativo) representado por D'Altroy y Stanish, pasando por el reconocimiento de las variables simbólico-religiosas de Bauer y Pärssinen, o la utilización de una aproximación etnográfica para percibir espacios y categorías propuesta por Matos. Pero antes de ingresar a los comentarios generales, me parece ésta una buena oportunidad para hacer

algunas observaciones críticas relativas a los problemas metodológicos que se desprenden del trabajo interdisciplinario, y que afectan a algunos de los libros reseñados, aunque por cierto no a todos, y en general con el propósito de señalar o advertir sobre las dificultades que se presentan en este tipo de investigaciones.

En primer lugar debemos preguntarnos si es aconsejable que una misma persona intente un trabajo en profundidad -con pretensiones interpretativas- utilizando y combinando estrechamente información arqueológica y etnohistórica. O más claramente, si es posible interpretar con la misma solvencia las evidencias que proveen dos disciplinas que utilizan métodos de recolección y análisis muy diferentes aunque compartan los mismos objetivos, en este caso entender el funcionamiento y las lógicas del poder empleadas en el Tawantinsuyu. Sin desmerecer los aportes de los autores que hemos comentado, creo que salvo en el caso del libro de Bauer y de Pärssinen que han considerado las variables simbólicas, y a las interpretaciones etnográficas con aplicación no siempre fundadas de forma convincente de Matos, a los arqueólogos les falta una reflexión más profunda sobre los problemas cognitivos y las prácticas sociales de la sociedad andina. Y en las condiciones en que se puede abordar el pasado prehispánico, la única forma de superar este problema es manejar con gran solvencia la etnohistoria colonial. Cambios mediante, los comportamientos y la evaluación de lo que es oportuno o eficiente para la sociedad andina sólo puede ser comprendido cuando se ha discutido, reflexionado e incluso superado interpretaciones erróneas, transitando por el duro sendero de los papeles coloniales, que pueden aportar pruebas complementarias y -lo que es más importante- contradictorias con los relatos de los cronistas. Porque la mayor parte de estos estudios interdisciplinarios adolecen del error de consultar sólo las crónicas sin confrontarlas con otros tipos de documentos. En ese sentido, los estudio de Brian Bauer, Pärssinen y en parte el de D'Altroy, que utilizan esa

información complementaria, se enriquecen y escapan al error de tomar al pie de la letra esos relatos, que en realidad reproducen la historia oral, reconstruida a su vez por un historiador, y que debe ser sometida a la crítica del discurso y de la confiabilidad del relato.

El caso que presenta mayor debilidad en este punto es el trabajo de Stanish. Vimos que cuando analiza las evidencias arqueológicas sobre colonización o intercambio carece de suficientes conocimientos etnohistóricos. Por ejemplo, que el control directo pudo haberse efectuado a partir de unos pocos colonos que difícilmente dejen huellas arqueológicas confiables. Si como lo expresa claramente John Murra en su modelo, los mitimas se trasladaban a su núcleo en ocasión de ceremonias y tal vez para morir una vez incorporados a la categoría que en la colonia se denominaba "reservados", es probable que sus tumbas, ofrendadas con artefactos de estilos decorados propios del núcleo nunca pudieran encontrarse en las colonias. Pero el tema más grave es el que se desprende de la lectura del artículo de Carlos Sempat Assadourian (1987)² que muestra variaciones al modelo de Murra que no debieron ser ignoradas para efectuar verificaciones arqueológicas en un trabajo publicado en 1992. Analizando las mismas visitas a los Lupacas que fueron la base del modelo de Murra, Assadourian prueba que algunos curacas que tenían tierras propias en la costa, enviaban a los "pobres" de la comunidad para trabajar en ellas. Unos cuantos agricultores pobres debieron tener que conformarse con un "equipaje" mínimo, que difícilmente incluiría objetos suntuarios,

más aún en el caso de que fallecieran fuera de sus hogares originales. Al finalizar su investigación la conclusión de Stanish es que no hubo colonias permanentes lupacas en el valle de Otorá, pero el problema es que su punto de partida se construyó con una imagen distorsionada de las modalidades que adquirirían esas colonias. Y para completar este tema, una observación más. Ni aún en los casos de las colonias de mitimas estatales ha sido ni es fácil encontrar tumbas que reflejen claramente estos traslados de población. En el noroeste argentino hay algunos pocos ejemplos, pero con huellas de sincretismo y/o asociación en una misma tumba, de piezas de estilos diferentes. (Lafone Quevedo 1892; Ambrosetti 1907; Williams y de Hoyos 1994)³.

Problemas metodológicos similares se producen, aunque no hemos comentado ningún libro de este tipo en esta ocasión, cuando los etnohistoriadores intentan utilizar las evidencias arqueológicas. Lo más habitual es que echen mano de los datos, sin controlar los objetivos de cada investigación, que suponen necesariamente, que condicionan la selección de la información en función de esos objetivos.

Y desde ambas vertientes disciplinarias debemos convencernos que no es fácil hacerle nuevas preguntas a trabajos que han sido **construidos** para responder a otras preguntas, porque ningún investigador puede desplegar todos los datos necesarios para responder a todas las preguntas posibles, y menos a las que emergerán de nuevos supuestos teóricos en un futuro impreciso. Es por eso que, antes de utilizar la información, las

²- Assadourian, Carlos Sempat 1987. "Intercambios en los territorios étnicos entre 1530 y 1567, según las visitas de Huánuco y Chucuito". En: Harris, O. et al. *La Participación Indígena en los Mercados Surandinos. Estrategias y Reproducción Social. Siglos XVI a XX*. La Paz, Centro de Estudios de la Realidad Económica y Social.

³- Lafone Quevedo, Samuel 1892. "Catálogo Descriptivo e Ilustrado de las Huacas de Chañar Yaco, Provincia de Catamarca". *Revista del Museo de La Plata*, II: 33 y sigs. La Plata.

- Ambrosetti, Juan B. 1907. "Exploraciones arqueológicas en la ciudad prehistórica de La Paya". *Publicaciones de la Sección Antropológica de la Facultad de Filosofía y Letras*, 3. Buenos Aires.

- Williams, Verónica y María de Hoyos 1994. "La complejización social en enclaves estatales. Variables bioarqueológicas". *Actas y Memorias del XI Congreso Nacional de Arqueología Argentina. Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael, Mendoza*. 13: (1-4): 177-182.

obras consultadas deben ser sometidas a una crítica teórico-metodológica para evaluar la pertinencia de utilizar la información para responder a preguntas diferentes a las que condicionaron su recolección y análisis. Hoy parece obvio sostener que no existe una objetividad total en ninguna práctica científica, y menos cuando se trata de reconstruir imágenes del pasado a partir de datos que lamentablemente son siempre fragmentarios. La subjetividad -y no la deshonestidad- es un componente incuestionable de la investigación histórica, cualesquiera sean las técnicas y los tipos de evidencias que se utilicen.

En las investigaciones de Patterson y D'Altroy hay un esfuerzo consciente para desestimar los factores simbólicos como elementos que pudieron regir muchas de las decisiones a nivel político. En el caso de Patterson los comentarios que inevitablemente debí hacer al mismo tiempo que la reseña me libera de nuevas observaciones. En cuanto a D'Altroy, sugiere expresamente que esos temas son muy difíciles de probar arqueológicamente y prefiere analizar el desarrollo y estructura de poder del Tawantinsuyu en términos de eficiencia contextualizada en base al substratum cultural de la época. Pero para ello aplica una lógica que responde más a los presupuestos de las realidades actuales que a las probables de la época y de la sociedad en cuestión. Sin duda es en los temas relativos al control militar y económico en los que D'Altroy muestra con mayor claridad que su pensamiento está regido por las teorías arqueológicas más rigurosamente construccionistas y se aparta de las ambivalencias que se revelan a partir de los análisis más concentrados en lo etnohistórico. Sin dejar de lado las dudas y las contradicciones, el cuadro resultante consiste en ofrecer la imagen de un estado altamente regulado y ajustado, en el cual se enfatizan primordialmente los supuestos criterios de eficiencia, en términos de geopolítica y economía política, como si los factores simbólicos, o los conflictos entre facciones en las que se mezclan las relaciones jerárquicas

parentesco y otras similares, no influyeran sobre ellos.

Un rasgo positivo de estas investigaciones es el hecho de que se está enfocando el Tawantinsuyu desde la óptica provincial o local. Y esto nos aporta no poco conocimiento sobre el real funcionamiento, políticamente adaptativo, de este gigantesco estado y sobre los grupos étnicos que se incorporaron al mismo. Por eso hemos dedicado una cierta extensión a los análisis de D'Altroy sobre la estructura política de los wankas, porque ayudan a desmitificar una opinión corriente pero poco fundada, sobre la existencia de grandes jefaturas, altamente estratificadas, en los andes centrales. La competencia por el espacio y los recursos debió ser cosa cotidiana en los tiempos preincaicos, y las relaciones de poder mucho menos verticales de lo que se ha dado en suponer. He detenido la atención en este punto pensando en que sería prudente modificar algunas opiniones que he sostenido en varios de mis propios trabajos, donde se marcaban con demasiado énfasis las diferencias en los niveles de jerarquización y poder entre los Andes Centrales y el Noroeste argentino adonde las estructuras de poder aparecían como mucho más fragmentadas. En estos nuevos estudios se ponen de relieve que esas supuestas grandes y fuertes unidades políticas no lo eran tanto y que las diferencias entre el centro y sus márgenes, si bien existieron, no fueron tan pronunciadas como habíamos supuesto. Es más, analizando las Relaciones de Vega de 1582 y las Informaciones recogidas por Toledo en 1570, D'Altroy hace notar que los testimonios afirman que cada uno de los tres grupos habían tenido sus propios *cinchecona*, u "hombres valientes", oficio al que se accedía por méritos personales, más que por derechos de adscripción a determinadas familias dirigentes. Estos *cinchecona* asumían el poder en casos de conflictos, que generalmente emergían por la puja por tierras, recursos o mujeres, y aunque en teoría debían abandonar el poder una vez solucionado el conflicto, en la práctica estos *cinchecona* solían autoproclamarse

curacas, e incluso iniciar así una nueva línea hereditaria. Los datos arqueológicos del período preinca demuestran la existencia de tierras fértiles nunca cultivadas que sugieren que los conflictos por recursos era un tema más bien de economía política que de subsistencia. Todo ello refleja un cuadro de liderazgos alternativos, en base a necesidades de coyunturas, muy similar al que a veces hemos observado en los territorios meridionales del Area Andina.

A diferencia de los autores norteamericanos, Ramiro Matos intenta una aproximación etnográfica a las realidades del pasado, explotando positivamente su conocimiento del idioma y su capacidad de comprensión de la gente y del espacio. Desde el punto de vista programático, Matos inicia el libro afirmando que la etnografía de los pueblos andinos es un recurso válido para reconstruir, al menos parcialmente, el pasado incaico. Con esto Matos se apoya en un principio de continuidad de la cultura andina aceptando, no obstante, los cambios que se produjeron a través de los siglos de colonización. De todas maneras sostiene que los modos de vida actual son herederos, aunque no los mismos, del pasado prehispánico. O, enfocándolo a la inversa, que el presente hunde sus raíces en el pasado, aunque a mi juicio deja abierto el interrogante sobre la profundidad y dirección de los cambios, con lo cual provoca un hiatus para evaluar la pertinencia del dato etnográfico. Este recurso de traslación interpretativa ha sido con frecuencia cuestionado, y necesita de mejores controles metodológicos. Partiendo de estos principios, su trabajo sobre Pumpu confronta fuentes arqueológicas, crónicas sobre la expansión del Tawantinsuyu y etnográficas. Con respecto a estas últimas, las focaliza sobre todo en lo relativo a la percepción en el uso de las relaciones de distintos pisos ecológicos, considerando las subjetividades locales en cuanto a categorías como próximo o lejano, status de relaciones interétnicas asociadas a este control del espacio y los mitos regionales. Los libros que despiertan mayores inquietudes e

interrogantes son los de Bauer y Pärssinen. Una combinación más flexible de la información arqueológica con los problemas simbólicos y políticos permite obtener una imagen más dinámica del estado. En primer lugar la relación entre los mitos y las prácticas históricas de legitimación del poder. Luego el haber considerado el juego de las alternativas del poder, las presiones que se ejercen en las decisiones políticas desde el universo ideológico, la mayor complejidad de la estructura política derivada de ello, todo confluye para culminar en un cuadro diferente del Estado. A esto podemos reiterar que el tema de la estructura de las provincias, sus divisiones externas e internas, el rol de las autoridades locales, la inserción de los mitimaes, etc, sumados al análisis puntual sobre las sociedades preincaicas aportados por D'Altroy, nos permiten comprender que la historia del Tawantinsuyu ha dado un salto cualitativo muy importante.

Fuera de la mayor o menor debilidad o consistencia de cada una de las interpretaciones, el hecho más visible que revelan estos libros es que hay una reflexión renovada y que se ha resuelto a revisar y avanzar más allá del punto al que habían llegado los modelos construidos en los años 40-60. Y esto me parece positivo. Muchas de las cosas que se proponen en estos libros estaban en la cocina doméstica de los investigadores y en general fueron publicadas en artículos especializados desde varios años atrás. Pero parece haber existido una especie de pudor para llevar estos problemas a un público más amplio, o desarrollar los interrogantes en los libros de síntesis, donde se privilegiaba una presentación "pasiva" del estado. Un cuadro estático, dibujado con trazo firme, donde nunca pudiera observarse el temblor de la mano del pintor. Sus dudas, si las tenía, las mascullaba en la intimidad. Celebro que esta barrera se haya roto y que se intente mostrar que los actores de ese gigantesco estado estaban sujetos a las tensiones y competencias habituales en todas las sociedades organizadas por los hombres.

**La presente publicación se terminó de imprimir
en los Talleres Gráficos de la Facultad de Filosofía y Letras
en el mes de octubre de 1996.**